

CRUZ, Rafael, En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936, Madrid, Siglo XXI, 2006, 403 pp., ISBN 84-323-1230-4.

¿Qué es el pueblo? ¿Dónde nace, qué come, dónde se acuesta y se levanta? Sobre todo, ¿dónde reside, cómo se mueve, qué órganos lo crean? ¿Cuál fue el pueblo que se construyó durante la Segunda República, quién se apropió de sus vísceras, y por qué? ¿Por qué en julio de 1936 todos los sujetos colectivos que se lanzaron a la matanza del enemigo y a la conquista del Estado se creyeron las legítimas y verdaderas cadenas de transmisión del sentir popular?

Muchos son los libros que sobre la Segunda República y la Guerra Civil vienen editándose en este 2006 infectado de “aniversaritis” mediática y editorial. Y, aun a riesgo que comenzar una reseña con un evidente juicio de valor, creo que los mejores, los más interesantes y los más sugestivos de entre esos muchos no son los que se recrean en una supuesta objetividad y un holismo equidistante, sino los que en vez de respuestas manidas buscan hacerle nuevas preguntas a ese pasado. Por más que pareciera que el tema de la república, la guerra y la posguerra está tendiendo hacia el cierre definitivo, pues como se ha señalado la época posmoderna en que vivimos (y estudiamos) lleva más a la reflexión sobre la síntesis que sobre el objeto de estudio en sí mismo, lo cierto es que por las rendijas del objetivismo y la síntesis complacientemente “definitiva”, del firmemente asentado bipolarismo y de la simplificación, siguen colándose preguntas. Preguntas como la última que se plantea en el primer párrafo, y a la que trata de responder Rafael Cruz en el que, a mi juicio, es posiblemente el libro más sugerente,

complejo y arriesgado de los aparecidos en 2006 sobre la república y la guerra.

Una de las claves para comprender el breve período de la Segunda República y de la Guerra Civil radica en entender cómo en tan poco tiempo se crearon o exacerbaron en las calles, las plazas, los casinos, los cafés o los teatros unas nuevas nociones de ciudadanía. En descifrar, en definitiva, la compleja interacción entre símbolos y personas, entre individuos y nación, entre identidades políticas e identidades culturales. Hace no mucho, Sandie Holguín (*República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003) trató de resolver la ecuación mediante el análisis del empeño republicano puesto en crear *Spaniards*, en nacionalizar desde el mundo urbano al rural a través de lo cultural y simbólico. Pero faltaba, tal vez, en esa regla del tres un elemento central, como fue el de la identificación entre política y sociedad, entre ideología y nación, entre proyectos de Estado y sus depositarios. Para tratar de despejar esa duda, y para introducir un elemento de reflexión que, si bien no es nuevo, aquí es presentado con formas y perfiles novedosos, Rafael Cruz ha puesto sobre la mesa una noción: la del “pueblo”.

El planteamiento es explícitamente arriesgado. Hacer piedra de toque de una noción tan manida y herrumbrosa, tan desgastada en sí misma cuanto acuchillada por el individualismo epistemológico del que hoy cada vez más autores hacen gala (algunos explícitamente, como Seidman, y otros menos, como Ranzato) como la de “pueblo” conlleva enfrentarse a muchos problemas. El primero, evidentemente, es la carga mítica y propagandística vertida sobre el mismo ya desde los años que el autor afronta en sus pesquisas. El segundo, su aparente incapacidad

para definir a los grupos sociales que pugnaron por el poder entre 1931 y 1939. Y el tercero, en consecuencia, su actual indefinición. Lo cual no quiere decir que sea un término inválido en sí mismo: para los políticos republicanos, el “origen de su poder [...] había sido la comunidad popular” (p. 33). Simplificando mucho, podría decirse que el mismo autor asume una noción construida a posteriori: pueblo sería aquél que ejerce la voluntad soberana previamente negada, “un sentimiento compartido de pertenencia a una comunidad definida por ser víctima de una situación de exclusión de la vida política y, en concreto, de los derechos de ciudadanía” (p. 29). Pero “pueblos” y esencias de pueblos había muchos, pues revestidas de “cualidades morales y cívicas” (p. 26) convivían bajo el manto popular identidades dispares y, metidas en la arena política, competidoras entre sí. Estaba aquél para el cual la esperanza republicana supuso, ante todo, la adquisición de los “derechos de ciudadanía”. Y también el “pueblo católico”, que vio en los supuestos límites al ejercicio de su fe un menoscabo a esos mismos derechos, movilizándose hasta entrar abiertamente en la pugna política e identitaria sobre la noción misma del pueblo y la voluntad popular (p. 4). El interés del libro, en ese sentido, no está tanto en aseverar qué “pueblo” lo era más, en cuál residía la legitimidad o en cuál todo se resumía en mera propagandística identitaria y movilizadora. Está en observar cómo esas nociones, esas identidades y legitimidades, acabarían induciendo a coger las armas para matarse entre sí, para convertirse en exclusivas.

En ese sentido, el libro da buena cuenta de cómo el anhelo de conversión de la comunidad popular en una república de ciudadanos fue extinguiéndose y eclipsándose

según fueron más restrictivas las políticas de acceso a los derechos ciudadanos, según el “pueblo” vio menoscabada su capacidad de crecer en cuanto sujeto de derecho y de legitimidad. La esperanza republicana se truncaría, pues, prontamente. En 1932 y 1933 ya estarían en pugna abierta las identidades abiertamente opuestas y empeñadas en ser la cadena de transmisión del “verdadero” sentir popular. Y su consecuencia sería la invasión del espacio público, la expresión de las identidades en las calles y, cómo no, la violencia. Algaradas militares, insurrecciones, pistoleroismo y muertes a manos de las fuerzas del orden que, si bien tuvieron como efecto contrario la movilización política y el reclamo de derechos hasta hacía bien poco más que restringidos, fueron poniendo los jalones para justificar (a posteriori) el levantamiento militar, el “plebiscito armado”. Y en eso tuvo mucho que ver la propaganda, como canal de identificación y creador de voluntades de índole abiertamente movilizadora y, a veces, violenta. “Dios puso a los bolcheviques en el mundo para distinguir el Mal” (p. 17): ningún régimen fue derrocado en Europa entre 1920 y 1945 por una revolución comunista o socialista pero, sin embargo, su amenaza fantasmagórica fue utilizada profusamente como encarnación misma del desastre, del Apocalipsis, del fin de los tiempos y del mundo tal y como se había conocido. Algo de ello, o mucho, encontramos en la campaña propagandística que precedió al golpe de Estado de 1936, y sobre cuyos exacerbados paradigmas los sublevados elevaron la bandera de sus justificaciones. Es lo que Rafael Cruz denomina “El gran miedo” (p. 190). Un miedo que tuvo como detonante definitivo la insurrección de 1934 y que, en sí mismo, no fue otra cosa que una enorme campaña

propagandística o, mejor dicho, una gran patraña aún hoy defendida por historiadores como Stanley G. Payne o cacareada por vociferantes pseudohistoriadores. La enorme mayoría de las muertes violentas entre esa “revolución” y el estallido de la Guerra Civil hay que apuntárselas no a los revolucionarios, no a los comunistas, socialistas o anarquistas, sino a las fuerzas del orden público y al ejército.

El golpe militar de 1936 no fue, de tal modo, tanto reactivo cuanto preventivo, sin que eso signifique asumir las tesis autojustificativas de los golpistas, que el autor denomina de “carácter patriótico con afán profiláctico” (p. 229). Ni la situación del orden público ni la capacidad movilizadora, más allá de la propaganda, de los conspiradores derechistas contra el gobierno de izquierdas hacía suponer que España estuviese abocada irremisiblemente a una guerra civil. Pero con las armas invadiendo el espacio público, bajo el estruendo de los disparos y entre el olor de la pólvora las cosas serían bastante diferentes. Los grupos civiles con ansias insurreccionales se vieron abocados a abrazar los idearios y métodos de quienes sí tenían armas y capacidad de movilización contra el gobierno, es decir, el ejército (p. 204). Y a la resistencia al golpe le seguiría, por otro lado, una nueva –e improvisada– expresión de exacerbada “voluntad popular”. Nueva, improvisada, y seguramente la más explosiva de las jamás ocurridas en España. El “pueblo en armas” no abortó la sublevación –salvo en los distritos rurales con pequeñas guarniciones de la Guardia Civil: aquí Rafael Cruz ha atendido solamente a los procesos urbanos, dejando otros de lado–, pero en su fracaso parcial vio abierta la puerta a su tan ansiada revolución. Armado, superó el umbral de la protesta para adentrarse en nuevas aguas: las de la

construcción de la sociedad nueva. Y el Estado perdió, de paso, el monopolio de ejercicio de la violencia.

Y es en ese momento cuando el libro de Rafael Cruz alcanza sus momentos de mayor intensidad y, posiblemente, mayor complejidad. Entre otras cosas, por asumir, de un lado, que pueda considerarse “revolucionaria” la situación de la retaguardia sublevada, por más que existiese una subversión del orden político (pues, en definitiva, dicha subversión se redujo a su control *manu militari* y al asesinato de los cargos electos frentepopulistas), y por otro por considerar que el estado republicano seguía prácticamente intacto y en pie tras la entrega de las armas al “pueblo”. La reconstrucción de los poderes estatales y, sobre todo, del monopolio gubernativo de la violencia frente a la situación de extrema fragmentación de unos y otra sería, de hecho, uno de los elementos más procelosos y complejos de cuantos hubieron de asumirse tras la fractura golpista. Y lo fue, fundamentalmente, porque una de las claves para la consecución de la victoria en los frentes hubo de pasar por la retirada de esa voluntad popular que, como se ha visto, había sido el garante de las decisiones políticas. Disciplina, orden, limpieza política fueron las bases para vencer una guerra que, a su fin, acabó borrando cualquier viso de ese “pueblo” que tan férreamente había defendido su nueva situación de ciudadanía.

Concluir así, empero, el volumen y esta reseña sería tal vez demasiado lógico, demasiado sencillo. Y no va por ahí la apuesta de Rafael Cruz. Antes bien, el autor rompe con esa linealidad y ese binarismo (el de la imposición de una victoria y una dictadura sobre el pueblo resistente) lanzando, una vez más, una compleja cuestión. Y esa no es otra que

la de considerar la Guerra Civil, en una y otra retaguardia, como el proceso nacionalizador más importante y efectivo de cuantos acontecidos en la España del siglo XX. En el libro se atiende, de tal modo, preferentemente a la capacidad movilizadora que los símbolos, las imágenes y las retóricas identitarias tuvieron a lo largo de la contienda. En particular, a cómo lo sagrado y lo laico (aunque predominando lo primero), lo “tradicional” y lo “nuevo”, los símbolos políticos y del poder, fueron investidos tras el fracaso del golpe de Estado de 1936 de nuevos significados. El culto a la bandera y a los símbolos religiosos, las paradas militares y los funerales de masa, entre otros elementos, contribuyeron poderosamente a separar los repertorios simbólicos de los sublevados y de la República, cuando no a la imposición, a veces sin solución de continuidad, de los unos sobre los otros. Así, por más que el libro concluya analizando la lógica del exterminio del adversario, ese “gran relato” sobre la Guerra Civil que cada vez tiene más predicamento entre la historiografía y que el autor asume como propio, deja abierta una de las grandes preguntas a la que la historiografía sobre la violencia en retaguardia habrá, antes o después, de responder: la cuestión sobre la movilización, la identificación y la cohesión en torno al poder a través del empleo, implicación y connivencia con las represiones.

En la cuenta de los “peros” de *En el nombre del pueblo* habría que poner una cierta descompensación entre la explicación, introducción y contextualización teórica con sus correspondientes narrativas, así como una cierta linealidad en el empleo de datos y cifras empíricas. El uso recurrente de los ejemplos portugués y francés como contrapuntos al español, muy bien trabada en algunos momentos deja,

en otros, un sabor ucrónico. Asimismo, se percibe otra descompensación entre el análisis más puramente teórico, ideológico y discursivo, y su traslación a realidades concretas, como, sin ir más lejos, la de la explosión de violencia en el verano y el otoño de 1936. Y, por fin, la noción nuclear del volumen, la de “pueblo”, seguramente no dejará satisfechos a muchos. Parece difícil, en definitiva, que se convierta en una herramienta al uso para el análisis del complejo período de los años treinta. Pero, sin duda, este libro hará cuestionarse a muchos la validez o invalidez de los conceptos y de las herramientas conceptuales que se manejan habitualmente cuando se habla de la Segunda República y la Guerra Civil: nación, pueblo, identidad o democracia, sobre todo.

Rafael Cruz resume la situación y el sino de la república y de la guerra con dos muy acertadas expresiones extraídas de San Camilo 1936. Sobre la república y la ciudadanía, al decir que al “pueblo” se le permitió, por primera vez, no caminar por las aceras sino ocupar la calle. Y sobre la guerra, que lo malo de armar al “pueblo” es que después éste no devolvía las armas. Y ese podría ser perfectamente el corolario de la obra de Rafael Cruz. El pueblo hallado en el centro de la narración histórica aprendió enseguida a caminar por el centro y a matar para defenderlo. Los que asesinaban sin piedad ni remordimiento es porque estaban seguros de lo que hacían. Pues lo que hacían, en definitiva, venía revestido de una pátina ética: era justo y necesario. Era la voluntad del pueblo.

Javier Rodrigo